

**Rede von Botschafter Dr. Duckwitz
anlässlich des Tages des Gedenkens an die Opfer des Nationalsozialismus
in der Cámara de Diputados, Auditorium E, 27. Januar 2012, 10 Uhr**

-- Texto en vigo hasta modificación en el discurso! --

Agradezco a la Cámara de Diputados, al Comité Central Israelita y a B'nai B'rith Internacional, que me hayan invitado como alemán y como embajador de mi país a acompañarles y dirigirles unas palabras con motivo del Día Internacional de Conmemoración en Memoria de las Víctimas del Holocausto.

Para nosotros los alemanes este día tiene una relevancia muy especial. Refleja parte de nuestra identidad histórica y es un día para recordar la peor parte de nuestra historia, un día de monición, un día de responsabilidad. Las imágenes, que se asocian con el 27 de enero de 1945, cuando soldados soviéticos llegaron a Auschwitz y liberaron el campo de concentración, mostraron a todas luces una realidad, que muchos en la Alemania de entonces no podían creer o no deseaban aceptar, cuya brutalidad e inhumanidad suprimían o minimizaban.

En la Alemania actual no queremos eliminar este vergonzoso pasado, sino todo lo contrario. A decir verdad, después de la guerra, no fue fácil superar los millones de asesinatos y demás crímenes, así como la pasividad, negligencia y simpatía de una amplia parte de la población. El país se encontraba económicamente por los suelos, la mayoría de las familias habían perdido parientes por la guerra o el cautiverio, y poco después de 1945, en el escenario político, comenzó a consolidarse la división del país y del continente europeo.

Fue gracias al trabajo de las fuerzas aliadas que en un principio, se dieron pasos para que el ideario del nacionalsocialismo, que tenía incidencia en la mayoría de los alemanes, no sólo fuera relegado y eliminado de la vida pública, sino para asegurarse que en el futuro esa ideología, esa locura se fijara en la mente y conciencia de la gente como absolutamente errónea e inhumana.

Desde la fundación de la República Federal de Alemania, la cuestión del pasado alemán duele como una flecha que atraviesa la historia del país – en términos de la política exterior, la interna e incluso en el debate social. Desde el principio para el gobierno federal alemán ha sido un reto de política exterior, alcanzar la reconciliación con los Estados, de donde provenían las millones de víctimas del exterminio y que sufrieron bajo la ocupación y acción militar alemanas. Al respecto, se ha tomado como ejemplo el desarrollo de las relaciones franco-alemanas que frecuentemente se ha descrito como de enemigos históricos, que evolucionó para convertirlos en cercanos socios políticos y sociales.

Por otro lado, como ex-embajador de Alemania en los Países Bajos, en donde el Estado y la población conocieron el inmensurable dolor, producto de la ocupación alemana y las deportaciones, les puedo asegurar que hemos logrado buenas relaciones con todos los vecinos europeos. La confianza, de la que actualmente disfrutamos, radica en la certeza de que Alemania y los alemanes reconocen su pasado, aprendieron de la historia y claramente se oponen al racismo, antisemitismo e intolerancia.

En marzo de 1960 se dio el memorable encuentro entre el Canciller Federal Konrad Adenauer y el Primer Ministro israelí David Ben Gurion. 15 años después del fin de la Segunda Guerra Mundial, ambos acordaron el establecimiento de relaciones diplomáticas entre Alemania e Israel, que entró en vigor el 12 de mayo de 1965. Desde entonces han evolucionado de manera constante nuestras relaciones en el plano político, pero también en el social y cultural. Alemania tiene una relación única con Israel, que se cimienta en la responsabilidad alemana por el Holocausto, el genocidio de alrededor de seis millones de judíos de toda Europa. Así Alemania defiende en foros internacionales el derecho a la existencia del Estado de Israel y su protección. Cuando ha sido necesario condenamos con claridad toda forma de antisemitismo.

En el desenvolvimiento interno de la posguerra en Alemania quedaron las huellas del dominio del nacionalsocialismo: Ya a mediados de los años cincuenta en la sociedad alemana imperaba gran malestar debido a la posible creación de fuerzas armadas y readquisición de armamento. Muchos ciudadanos no querían imaginar a ningún alemán en uniforme, ni mucho menos en un escenario de guerra. Esta preocupación permanece en la gente hasta el día de hoy, cuando se trata de enviar a nuestro ejército a misiones internacionales – aún, cuando la meta es mantener la paz en otros países.

A finales de los años sesenta comenzaron en Alemania – como en otros lugares de Europa Occidental – las revueltas estudiantiles. En el marco de una muy fundamental crítica contra la política, las universidades y la generación de sus padres, surgió por primera vez del núcleo de la sociedad un cuestionamiento al papel político de los padres y abuelos durante el nacionalsocialismo. En muchas familias este debate se reprimió por mucho tiempo – por vergüenza, por miedo o porque no era humanamente posible aceptar abiertamente la propia equivocación y menos aún los crímenes cometidos.

Más tarde, como consecuencia de este debate, empezó, junto con la revisión histórica del pasado por parte del Estado y del gobierno, una amplia concientización dentro de la sociedad. Hasta nuestros días, lo anterior ha traído grandes consecuencias en diferentes sectores de la vida pública. En especial quiero destacar a las escuelas: Casi ninguna clase de historia deja de visitar algún lugar en Alemania, que esté vinculado a las atrocidades de nuestra historia – Bergen-Belsen, Dachau o Sachsenhausen –, que hoy se han convertido en espacios para el recuerdo y el aprendizaje. Al respecto me alegra, que también ahora aquí en la Ciudad de México se dé un encuentro entre el Colegio Alemán de Lomas Verdes y el Colegio Israelita Yavne de Interlomas: Los estudiantes analizan la historia y discuten entre ellos. El día de hoy algunos de ellos nos acompañan en este honorable recinto.

Otro ejemplo de la memoria pública en nuestro país son las llamadas ‚Stolpersteine‘ en Berlín, que se ven en las aceras cerca de casas, comercios y edificios públicos. Ellas recuerdan con su grabado a los múltiples ciudadanos deportados o asesinados de Berlín. De esta forma nos enfrentamos a nuestra historia y la llevamos en nuestra vida diaria.

Cuando a principios del año 1996 el entonces presidente federal Roman Herzog proclamó el 27 de enero como Día oficial del Recuerdo en Alemania, señaló que el recuerdo no podía acabar. La remembranza debe dedicarse al recuerdo de las víctimas e impedir que se repita. Estoy convencido de que en Alemania – como Estado, pero más como ciudadanos – nos mantenemos comprometidos con el recuerdo y su permanencia.

Esto no excluye, que el pasado nos sorprenda inesperada y desafortunadamente. Así presenciamos cómo cientos de neonazis se reúnen en manifestaciones o cómo los partidos radicales de derecha ocupan escaños en unos pocos parlamentos de los estados federados.

En otoño pasado se dio a conocer el reprobable caso del abuso de extremistas de derecha: Una radical y violenta célula cometió una serie de asesinatos contra ciudadanos turcos motivados por el odio a extranjeros, sin que las investigaciones lo hubieran sospechado antes. Los medios y la sociedad reaccionaron de manera crítica e inmediata y exigieron a las autoridades resolver y aclarar dichos casos. En noviembre pasado el Bundestag, el Parlamento alemán, aprobó por unanimidad una declaración. En ella se señala: “Abogamos por una Alemania, en la que todos puedan ser diferentes sin sentir miedo y estén seguros – un país, en el que la libertad y el respeto a la diversidad y apertura al mundo sean una realidad.”

Este caso demuestra, que junto al recuerdo, educación y monición, también el Estado tiene la capacidad de actuar, cuando se trata de poner freno al extremismo y de proteger los valores y derechos fundamentales.

También en el Parlamento Alemán hace pocas horas se llevó a cabo una ceremonia en memoria de las víctimas. Luego de que hace dos años lo hiciera el Presidente Shimon Peres, este año el Profesor Marcel Reich-Ranicki, crítico de literatura y sobreviviente del gueto de Varsovia, se dirigió a nuestro parlamento. Su historia es bien conocida en Alemania. Asimismo el Prof. Reich-Ranicki promueve la igualdad entre alemanes y judíos y por el resurgimiento de la comunidad judía en todo el país. Paralelo a esta ceremonia en el Parlamento, se presenta una exposición sobre la vida de Anne Frank, una joven judía de Fráncfort, que antes de su deportación a Auschwitz y de su muerte en Bergen-Belsen, se ocultó durante dos años en un refugio familiar en Ámsterdam.

Por primera vez se presentará en la sede de las Naciones Unidas en Nueva York una muestra de un centro de documentación alemán – la exposición “la cara de los guetos” de la fundación berlinesa Topografía del Terror. En ella se exhiben fotografías del gueto Litzmannstadt, en el que de 1940 a 1944 fallecieron 43 mil judíos polacos provenientes en su mayoría de la ciudad de Lodz. Luego de 1942 unos 144 mil internos más fueron deportados de Litzmannstadt a campos de exterminio.

Hoy me parece importante que recordemos aquí en México: Este país fue durante la dictadura nazi en Alemania un muy importante refugio para numerosos perseguidos, quienes encontraron asilo y en algunos casos una nueva patria.

Hago reverencia a las víctimas del nacionalsocialismo alemán que viven en México y me uno a las familias de todos que perdieron la vida en el Holocausto.